



Al Reverendo Padre **Joachim REGO** C.P.

Superior General

Congregación de la Pasión de Jesucristo (Pasionistas)

Las celebraciones jubilares del tercer centenario de vuestra Congregación me ofrecen la oportunidad de unirme espiritualmente a vuestra alegría por el don de la vocación que habéis recibido de vivir y proclamar la memoria de la Pasión de Cristo, haciendo del misterio pascual el centro de vuestra vida (cf. *Constituciones* 64). Vuestro carisma, como todo carisma de vida consagrada, es irradiación del amor salvífico que brota del misterio trinitario, se revela en el amor del Crucificado (cf. Exhort. ap. *Vita consecrata* 17-19. 23), se derrama sobre la persona elegida por la providencia y se extiende a una comunidad concreta, para implantarse en la Iglesia como respuesta a las necesidades particulares de la historia. Para que el carisma perdure en el tiempo, es necesario que pueda adherirse a las nuevas necesidades, manteniendo vivo el poder creativo de los inicios.

Este importante centenario representa una oportunidad providencial para que podáis encaminaros hacia nuevos objetivos apostólicos, sin ceder a la tentación de «dejar las cosas como están» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 25). El contacto con la Palabra de Dios en la oración y la lectura de los signos de los tiempos en los acontecimientos cotidianos, os harán capaces de percibir el soplo creativo del Espíritu que alienta en el tiempo, señalando respuestas a las expectativas de la humanidad: a nadie se le escapa que hoy vivimos en un mundo en el que ya nada es como antes.

La humanidad se encuentra en una espiral de cambios que cuestiona no sólo el valor de las corrientes culturales que hasta ahora la han enriquecido, sino

también la íntima constitución de su ser. La naturaleza y el cosmos, sometidos al dolor y a la caducidad de las manipulaciones humanas (cf. *Rm* 8, 20), asumen preocupantes rasgos degenerativos. También a vosotros se os pide que encontréis nuevos estilos de vida y nuevos lenguajes para anunciar el amor del Crucificado, testimoniando así el corazón de vuestra identidad.

A este respecto, tengo entendido que vuestras recientes reflexiones capitulares os han llevado al compromiso de renovación de la misión, centrándoos en tres aspectos: gratitud, profecía y esperanza. La gratitud es la experiencia de vivir el pasado en la misma actitud del *Magnificat* y caminar hacia el futuro en actitud eucarística. Vuestra gratitud es fruto de la *memoria passionis*. El que vive inmerso en la contemplación y se dedica al anuncio del amor que se entrega por nosotros en la cruz, se prolonga en la historia, se siente realizado y su vida es feliz. La profecía es pensar y hablar en el Espíritu. Esto es posible para el que vive la oración como aliento del alma, y puede acoger el impulso del Espíritu en lo íntimo de los corazones y en el conjunto de la creación. Entonces, la palabra anunciada siempre se adapta a las necesidades del presente. Que la *memoria passionis* os convierta en profetas del amor del Crucificado en un mundo que está perdiendo el sentido del amor. La esperanza es ver en la semilla que muere, la espiga que rinde el treinta, el sesenta, el cien por cien. Se trata de percibir que en vuestras comunidades religiosas y parroquiales, cada vez más reducidas, continúa la acción generadora del Espíritu, que garantiza la misericordia del Padre que no nos abandona. La esperanza es alegrarse por lo que hay, en lugar de quejarse de lo que falta. En cualquier caso, no os dejéis «robar la alegría evangelizadora» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 83).

Espero que los miembros de vuestro Instituto se sientan «marcados a fuego» (*ibid.*, 273) por la misión enraizada en la *memoria passionis*. Vuestro Fundador, san Pablo de la Cruz, define la Pasión de Jesús como «la obra más grande y maravillosa del amor de Dios» (*Lettere II*, 499). Sentía que ese amor le abrasaba y hubiera deseado incendiar el mundo con su personal actividad misionera y la de sus compañeros. Es muy importante recordar que «la misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que

nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 268).

Mientras como Cabeza, nuestro Salvador ha resucitado y ya no muere más, en su cuerpo –que místicamente es la Iglesia, pero que misteriosamente es también todo ser humano al que en cierto modo se ha unido en la Encarnación (cf. Const. ap. *Gaudium et spes*, 22)– sigue sufriendo y muriendo. No os canséis de reforzar vuestro compromiso en favor de las necesidades de la humanidad. Esta urgencia misionera se dirige sobre todo hacia los crucificados de nuestro tiempo: los pobres, los débiles, los oprimidos y los descartados por las muchas formas de injusticia. El cumplimiento de esta tarea requerirá por vuestra parte un esfuerzo sincero de renovación interior, que deriva de la relación personal con el Crucificado-Resucitado. Solamente el que está crucificado por amor, como lo fue Jesús en la cruz, es capaz de socorrer a los crucificados de la historia con palabras y acciones eficaces. No es posible convencer a los demás del amor de Dios solamente a través de un anuncio de palabra e informativo. Se necesitan gestos concretos que hagan experimentar ese amor en nuestro mismo amor, que se da compartiendo situaciones de crucifixión, gastando la vida hasta el final, dejando siempre claro que entre el anuncio y su acogida en la fe, media la acción del Espíritu Santo.

La Madre del Crucificado-Resucitado, figura de la Iglesia, Virgen que escucha, ora, ofrece y genera vida, es memoria permanente de Jesús, especialmente de su Pasión. A ella os encomiendo e, invocando la intercesión de vuestro Fundador, San Pablo de la Cruz, y de los Santos y Beatos pasionistas, imparto de corazón la Bendición apostólica a toda la familia pasionista y a todos los que participen en las diversas celebraciones de vuestro solemne jubileo.

Por favor, no olvidéis rezar por mí.

Fraternalmente.

Francisco

Roma, San Juan de Letrán, el 15 de octubre de 2020.